

## Humanismo y naturaleza

*(...) ¿qué eres, pues, tú mismo, hombre, tú que presumes y te hinchas  
y te elevas presuntuosamente sobre las demás criaturas?  
Eres tanto como ese viento del que no se sabe de dónde viene,  
del que no se sabe por qué sopla, del que no se sabe dónde se hace...  
¿Y tú te crees el dueño del mundo entero, oh, hombre?*

W. Reymont, *Los campesinos*  
Premio Nobel 1924

**L**os dilemas ecológicos, en su mayoría originados por acciones humanas, nos rodean por doquier. La calidad del aire empeora en las grandes ciudades, la capa protectora de ozono se desvanece, crecen las cantidades de basura, el efecto de invernadero resulta cada vez más constante, la gleba va paulatinamente convirtiéndose en desierto: éstos y muchos otros problemas, demasiados para evocarlos aquí, requieren con urgencia nuestra atención inteligente.

Su solución exigirá cambios en nuestra perspectiva axiológica. Mas, por el momento, entre los factores que agravan el riesgo de una catástrofe global pueden mencionarse un incontrolado crecimiento demográfico, que afecta a más de la mitad de la población mundial con hambre y miseria –y que a su vez provoca movimientos sociales destructivos y degrada las relaciones entre naciones con un grado de desarrollo indiscutiblemente distinto, en forma lenta pero inevitable–; el agotamiento de los recursos no renovables –mientras que el ser humano no tiene aún el control sobre las

fuentes alternas de energía: sol, vientos, mareas, geotermia—; la peligrosa contaminación del ambiente natural con bióxido de carbono, bióxido de azufre, óxidos de nitrógeno que, combinados con la presencia de la luz solar y otros factores atmosféricos, multiplican sus efectos nocivos.

En el curso de nuestro corto periodo de vida, la humanidad sufre una pérdida irremediable diaria de cien especies, paso que tiende a acelerarse en las próximas décadas. Anualmente son destruidas un millón y medio de hectáreas de bosques pluviales, junto con la vida que aguarda en ellos. Está comprobado que muchas de estas especies son esenciales para la supervivencia humana.

Los sistemas naturales que sostienen la vida en el planeta: aire, agua, energéticos y alimentos tendrán que dar sustento a una población que crece en forma exponencial. Según las proyecciones de las Naciones Unidas, el número de habitantes del planeta podrá alcanzar la cifra de 10 mil millones en 2050. Mientras tanto, el desierto gana 7.5 millones de hectáreas cada año. Los mares ya no pueden sostener las actividades pesqueras de recreación. Aumentan las plagas resistentes a los productos químicos. Las emisiones de bióxido de carbono, que agravan el problema del posible calentamiento y el consiguiente cambio del clima, han alcanzado en 1989 21.9 mil millones de toneladas cúbicas, en comparación con las 16.2 millones de t<sup>3</sup> que había en 1972.

El número de los refugiados ambientales rebasa el número de refugiados políticos. Las alteraciones ecológicas, que no podemos entender cabalmente, afectan a cerca de cinco mil millones de personas.

Al parecer el ser humano sólo reacciona frente a circunstancias de desastre, no así ante aquéllas lentas e imperceptibles, que ocasionan de manera inconsciente una adaptación a las dañinas anomalías naturales. Si los bosques desaparecieran de golpe, se produciría una gran conmoción; mas, los árboles son talados día tras día, año tras año, y esto pasa inadvertido. Del mismo modo, no sentimos los cambios en nuestra manera de vivir ni nuestro alejamiento de la naturaleza, aun cuando estas transformaciones resulten esenciales. Las consideramos consecuencias necesarias e inevitables del *progreso*, independientes de nuestra voluntad y, en fin, indiferentes.

El hombre, entusiasmado con las maravillas técnicas, que de igual forma pueden producir hielo o nieve artificial, así como sorprendentes efectos de manipulación genética, olvida que esa cultura que posibilita tantas ilusiones de civilización está fuertemente vinculada a la naturaleza. Pensamos en ésta más bien como un inconveniente, en la vida cotidiana, cuando nos pican los mosquitos o nuestro automóvil no quiere arrancar en las mañanas frías. El ser humano se niega a asumir que forma parte de un universo físico, y que, siendo una realidad natural, no es más importante que los animales ni difiere del resto del mundo biológico. A pesar de los datos científicos que afirman las semejanzas de los procesos químicos y vitales del hombre y de las demás criaturas no humanas, el “amo del universo”, en las profundidades de su alma, no quiere admitirlos, como tampoco acepta su propia mortalidad, convencido de que su alma trascenderá las fronteras impuestas por la naturaleza. En consecuencia, crea su mundo alejado de las realidades naturales. Erige el uni-

verso antropocéntrico de la cultura y lo viste con el ropaje de la humanidad.

La inteligencia acrecentó sustancialmente la calidad de vida del humano, sin embargo lo ha involucrado en trágicas contradicciones ecológicas, las cuales originan la necesidad de un regreso y de una reconciliación entre el mundo cultural y la biosfera, además de la urgencia de respetar lo humano en la naturaleza y lo natural en el hombre. Al parecer nuestro poder destructivo frente al mundo natural excede las capacidades creativas del *homo sapiens*.

La conservación de la integridad del planeta y del hombre mismo es, en la actualidad, uno de los mayores imperativos de nuestra supervivencia. La indagación del sentido de la vida, de la espiritualidad y la búsqueda de la preservación del mundo natural se funden en una totalidad. La comprensión de las diversas caras de la crisis (política, económica, ecológica) implica la adopción de una amplia perspectiva de la naturaleza en toda su complejidad dentro del contexto de la evolución humana en la estructura natural y social. Detrás de las preocupaciones que vive el hombre moderno se esconde su relación profunda con la totalidad cósmica. Las controversias ambientales son meras facetas de nuestra percepción del mundo, y por lo tanto, esencialmente filosóficas y éticas. A pesar de que la polémica actual natura vs. cultura se manifiesta en el discurso intelectual y en cierta medida incluso en la vida cotidiana, muy a menudo se considera desde una perspectiva cultural. Con frecuencia el elogio y el entusiasmo por resolver aquella dicotomía originan una crítica trivial e ingenua, y nostálgica de una rousseauniana vida pastoril. La especialización de las ciencias y la dis-

tancia notable entre las ciencias naturales y las sociales dificultan la reconciliación del hombre con su universo natural. Por consiguiente, hay que abandonar el espacio de las afirmaciones y generalidades vacías y estériles para emprender un discurso filosófico de la relación entre el hombre, su cultura y la naturaleza.

El número *Naturaleza y humanismo* de la Revista *Iztapalapa*, que tenemos el honor de presentar, no pretende ser una monografía de la problemática, sino una tentativa de desentrañar ciertos aspectos del dilema de referencia, difícil y complejo, y una búsqueda tanto de un método descriptivo como de las repercusiones de carácter ético y práctico que entraña. Será también una muestra de la preocupación activa de los autores y de los editores con respecto a la temática de la naturaleza y al lugar que ésta ocupa en nuestro espacio cultural.

En la conferencia de las Naciones Unidas celebrada en Río de Janeiro en junio de 1992, conocida como Cumbre de la Tierra, se puso especial énfasis en el valor de una enseñanza enfocada a la redefinición y racionalización del "camino conceptual del discurso ecológico", según palabras de Jorge Ocampo, autor del trabajo: *Vértigos de la ecología*. Dicho texto, que pretende resaltar la necesidad de un discurso que esclarezca el concepto de *ecología*, se suma a una tendencia general entre los colaboradores de este número, tocante a que el proyecto de la educación ambiental, nacido de "un ejercicio intelectual [...] promueva la reflexión y los posibles cambios de puntos de vista".

El estudio de las sociedades de cazadores-recolectores contemporáneos, combinado con el análisis

de los fenómenos ecológicos y etológicos, ha mostrado cómo los humanos hemos sido elemento de equilibrio en complejos ecosistemas. Jorge Martínez Contreras, en el ensayo *Sobre los orígenes ecológico-culturales y científicos de la etología*, analiza el largo proceso de domesticación de nuestros ecosistemas. Asimismo, señala cuál ha podido ser la continuidad entre el conocimiento etológico de las comunidades de cazadores-recolectores de las primeras civilizaciones, y el de los inicios de la ciencia occidental.

Aunque la cuestión de las relaciones recíprocas hombre/naturaleza datan por lo menos de 10 mil años, la formulación del problema comienza con la filosofía griega, que trata de ofrecer un significado racional a la existencia humana, un sentido al universo mismo y también un posible deber moral hacia la conservación y el cuidado del universo y una eticidad entre los hombres. Francisco Piñón, en su ensayo *Hombre y universo en la filosofía greco-latina* habla sobre el ámbito ético de las relaciones naturaleza-universo-hombre. Si el ser humano pretende ser justo y bueno tendrá que sujetarse a un orden de la naturaleza y del universo. Vivir conforme a la naturaleza será el criterio de verdad, de moralidad, de eticidad.

El tema de la ruptura de la simbiosis del hombre, partícipe del misterio universal, y de la naturaleza; de una relación íntima y natural entre todas las cosas que formaban la esencia de la vida armoniosa en la unidad cósmica, está presente en el trabajo *Un bestiario de Indias: los grabados de Prodigios*, en el cual Blanca M. García Monsivais, a partir de un texto escrito y los grabados de *Prodigios*, de Héctor

Brauer, ofrece un reencuentro con la descripción de la naturaleza que los cronistas españoles hallaron en las tierras conquistadas.



Antes de que naciera la ciencia moderna, el hombre interpretaba el orden natural en función de la divinidad, lo describía con metáforas orgánicas derivadas del mundo de la flora y la fauna. En la antigua cultura maya, las manifestaciones biológicas, climáticas y atmosféricas eran subordinadas al pensamiento de los hombres y correctamente insertas en el orden cultural por ellos establecido. La concepción racional del universo, expresada a través de la tecnología moderna, no solamente rompió esta unidad sino también aceleró la destrucción del hábitat de las últimas culturas autóctonas del territorio mexicano. Marie-Odile Marion relata *La última batalla* de los herederos de la Selva lacandona no sólo por la preservación de su casa, sino también por los valores de su cultura que, al igual que el bosque, se vienen destruyendo.

En la tentativa de contestar la pregunta *¿Es la religión judeo-cristiana responsable de la crisis ecológica?*, Andrés S. Alvarez trata de mostrar el carácter simplista y erróneo de esta hipótesis, sin dejar de reconocer la parte de responsabilidad que corresponde a dicha religión en la destrucción del medio. Asimismo, sostiene que debemos partir de la visión de la fraternidad universal de San Francisco de Asís, la cual propone que la conciencia de superioridad humana no debe inducir al abuso sino a un mayor sentido de responsabilidad hacia la naturaleza.

En oposición a la visión racionalista del mundo —calculable e infinitamente analizable—, a la física newtoniana y a la filosofía cartesiana, el romanticismo resucitará la anterior visión orgánica y dinámica del cosmos para sentir vivo el poder de la naturaleza y captar la unión de toda la creación como reacción

ante el abismo que se abrió entre el mundo natural y el humano; en rebeldía contra la cuantificación de todas las cosas, emerge una romántica utopía de la naturaleza, un intento audaz de restituir la consonancia originaria y arrebatar al hombre de la soledad del universo cultural. En el artículo *Rebeldía romántica: la cultura y la naturaleza en la prosa de Federico Schiller* me propongo exponer su concepción sobre la naturaleza viviente y divina, y su intento de reconciliar el mundo de la cultura y el de la naturaleza en una entidad moral. Otro intento de unificar la mente con la naturaleza, dentro de la moderna teoría de sistemas, cristaliza en el trabajo de Leonardo Tyrtania, *Naturaleza y ecología de la mente*, dedicado a la “ecología de la mente” de Gregory Bateson. Propone la solución del binomio natura/cultura desde una “nueva” epistemología.

Por su parte, Alejandro Herrera enfrenta la dualidad cartesiana desde su visión de los animales como máquinas carentes de alma. En el texto *Leibniz y los animales* analiza la propuesta de Leibniz quien, aun siendo racionalista, dentro del panvitalismo postulado por su monadología llega a conceder a los animales un cierto grado de razón, e insiste en su sensibilidad.

Dentro de las perspectivas que tienden a superar la separación cultura/naturaleza se distingue el trabajo de Hayward R. Alker: *Ecopolítica vs. geopolítica: un contraste de las perspectivas globales*, que dentro del estudio clásico de las relaciones políticas globales introduce el factor de las relaciones de las comunidades políticas con su ambiente físico y biológico, y ofrece su propia versión de una síntesis holística en el marco de la teoría de los sistemas abiertos y de una biosfera inclusiva.

Los tres últimos textos de Antoni Domenech, Juan Ma. Parent y Henryk Skolimowski argumentan la necesidad de una nueva ética que contribuya a la vez a la armonía –ese viejo ideal racionalista– entre los hombres y entre éstos y los ciclos naturales de los cuales forman parte. Solamente el trascender de la información suministrada por el mercado y la elección social racional consciente de su propio futuro pueden salvar a la humanidad de una catástrofe ecológica planetaria.

Debo agradecer a todos los que han hecho posible la aparición de este número, en particular al maestro César A. Cisneros Puebla, por su profunda comprensión del problema ambiental y por su paciencia a lo largo de la siempre laboriosa preparación de los trabajos.

TERESA KWIATKOWSKA-SZATZSCHNEIDER